

Peregrinaciones de una paria

Flora Tristán

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Peregrinaciones de una paria

Biografías de mujeres importantes N° 5

© Flora Tristán

Primera edición 1834

Reimpresión noviembre de 2020

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Cel 9082624010

New York City USA

ISBN 9781716700897

Ediciones LAVP.

Todos los derechos reservados para la impresión, publicación y comercialización de esta obra, cuyo contenido total o parcial, no podrá ser reproducido sin la autorización escrita del editor de la misma. Hecho el depósito de ley.

INDICE

Palabras liminares	7
A los peruanos	7
Prefacio	17
Tomo I	
I. El "Mexicano"	27
II. La Praia	39
III. La vida a bordo	66
IV. Valparaíso	108
V. El "Leonidas"	119
VI. Islay	126
VII. El desierto	144
VIII. Arequipa	
Tomo II	
I. Don Pío de Tristán y su familia	233
II. La república y los tres presidentes	252
III. Los conventos de Arequipa	301
IV. La batalla de Cangallo	331
V. Una tentación	356
VI. Mi partida de Arequipa	379
VII. Un hotel francés en Lima	389
VIII. Lima y sus costumbres	403
IX. Los baños de mar. Un ingenio azucarero	431
X. La ex presidenta de la República	442

Palabras liminares

“Yo escribo para que ustedes sepan, para que comprendan, grito para que me oigan, voy adelante para mostrarles el camino.”

Flora Tristán

A los peruanos

Peruanos: He creído que de mi relato podría resultar algún beneficio para vosotros. Por eso os lo dedico. Sin duda os sorprenderá que una persona que emplea tan escasos epítetos laudatorios al hablar de vosotros haya pensado en ofreceros su obra.

Hay pueblos que se asemejan a ciertos individuos: mientras menos avanzados están, más susceptible es su amor propio. Aquellos de vosotros que lean mi relación sentirán primero animosidad contra mí y sólo después de un esfuerzo de filosofía algunos me harán justicia.

La falsa censura es cosa vana. Fundada, irrita y, por consiguiente, es una de las más grandes pruebas de amistad. He recibido entre vosotros una acogida tan benévola que sería necesario que yo fuese un monstruo de ingratitud para alimentar contra el Perú sentimientos hostiles.

Nadie hay quien desee más sinceramente que yo vuestra prosperidad actual y vuestros progresos en el porvenir. Ese voto de mi corazón domina mi pensamiento, y al ver que andáis errados y que no pensáis, ante todo, en armonizar vuestras costumbres con la organización política que habéis adoptado, he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender vuestro orgullo nacional.

He dicho, después de haberlo comprobado, que en el Perú la clase alta está profundamente corrompida y que su egoísmo la lleva, para satisfacer su afán de lucro, su amor al poder y sus otras pasiones, a las tentativas más antisociales. He dicho también que el embrutecimiento del pueblo es extremo en todas las razas que lo componen. Esas dos situaciones se han enfrentado siempre una a otra en todos los países.

El embrutecimiento de un pueblo hace nacer la inmoralidad en las clases altas y esta inmoralidad se propaga y llega, con toda la potencia adquirida durante su carrera, a los últimos peldaños de la jerarquía social.

Cuando la totalidad de los individuos sepa leer y escribir, cuando los periódicos penetren hasta la choza del indio, entonces, encontrando en el pueblo jueces, cuya censura habréis de temer y cuyos sufragios debéis buscar, adquiriréis las virtudes que os faltan.

Entonces el clero, para conservar su influencia sobre ese pueblo, reconocerá que los medios que emplea en la actualidad no pueden ya servirle. Las procesiones burlescas y todos los oropeles del paganismo serán reemplazados por prédicas instructivas, porque después de que la imprenta haya despertado la razón de las masas, será a esta nueva facultad a que habrá que dirigirse, si se quiere ser escuchado. Instruid, pues, al pueblo; es por allí por donde debéis empezar para entrar a la vía de la prosperidad. Estableced escuelas hasta en las aldeas más humildes: esto es lo urgente en la actualidad. Emplead en ella vuestros recursos.

Consagrad a esto los bienes de los conventos, pues no podríais darles destino más religioso. Tomad medidas para facilitar el aprendizaje. El hombre que tiene un oficio no es un proletario. A menos que le hieran calamidades públicas, no tiene ya independencia de carácter tan necesaria de que se desarrolle en un pueblo libre.

El porvenir es de América. Los prejuicios no pueden adherirse en ella como en nuestra vieja Europa. Las poblaciones no son lo bastante homogéneas como para que este obstáculo retarde el progreso. Hasta que el trabajo cese de ser considerado como patrimonio del esclavo y de las clases ínfimas de la población, todos harán mérito de él algún día y la ociosidad, lejos de ser un título a la consideración, no será ya mirada sino como un delito de la escoria de la sociedad.

En toda América, el Perú era el país de civilización más avanzada a raíz de su descubrimiento por los españoles. Esta circunstancia hace presumir favorablemente acerca de las disposiciones ingénitas de sus habitantes y de los recursos que ofrece. ¡Que un gobierno progresista llame en su ayuda a las artes de Asia y de Europa y pueda hacer que los peruanos ocupen aquel rango entre las naciones del Nuevo Mundo! Éste es el deseo muy sincero que me anima.

Vuestra compatriota y amiga. **Flora Tristán**

París, agosto de 1836.

Pues, en verdad os digo que si tuvieseis una fe tan grande como un grano de mostaza, diríais a esta montaña: Transportate de aquí a allá y se transportaría y nada os sería imposible. (San Mateo, XII, 17).

Dios no ha hecho nada en vano. Los mismos malos entran dentro del orden de su Providencia. Todo está coordinado y todo progresa hacia un fin. Los hombres son necesarios a la tierra que habitan, viven de su vida y, formando parte de ese conglomerado, cada uno de ellos tiene una misión a la que la Providencia le ha destinado.

Sentimos inútiles pesares, estamos sitiados por impotentes deseos por haber desconocido esta misión y nuestra vida se ve atormentada, hasta que al fin volvemos sobre nuestros pasos. De igual modo, en el orden físico, las enfermedades provienen de la falsa apreciación de las necesidades del organismo para la satisfacción de sus exigencias.

Descubriremos, pues, las reglas que hay que seguir para alcanzar en este mundo la mayor suma de felicidad por medio del estudio de nuestro ser moral y físico, de nuestra alma y de la organización del cuerpo al que aquélla ha sido destinada a mandar. Las enseñanzas no nos faltan ni para uno ni para otro estudio.

El dolor, ese rudo maestro, nos las prodiga sin cesar; pero no ha sido dado al hombre progresar sino con lentitud. Sin embargo, si comparamos los males de que son presa los pueblos salvajes con los que existen todavía entre los pueblos más avanzados en civilización y los goces de los primeros con los de los segundos, nos admiraremos de la inmensa distancia que separa a estas dos fases extremas de colectividades humanas.

Pero no es necesario, para comprobar el progreso, comparar dos estados de sociabilidad tan alejados el uno del otro. El progreso gradual de siglo a siglo es fácil de verificar por los documentos históricos que nos presentan el estado social de los pueblos en tiempos anteriores. Para negarlo es preciso no quererlo ver, y el ateo, a fin de ser consecuente consigo mismo, es el único interesado en hacerlo.

Concurrimos todos, a pesar nuestro, al desarrollo progresivo de la

especie. Mas en cada siglo, en cada fase de sociabilidad, vemos a hombres que sobresalen de la multitud y que marchan como exploradores, muy por delante de sus contemporáneos. Agentes especiales de la Providencia trazan la vía por la cual, después de ellos, prosigue la humanidad.

Esos hombres son más o menos numerosos y ejercen sobre sus contemporáneos una influencia más o menos grande, según el grado de civilización a que ha llegado la sociedad. El punto más alto de civilización será aquél en que cada uno tenga conciencia de sus facultades intelectuales y las desarrolle deliberadamente en interés de sus semejantes, sin considerarlo diferente del suyo.

Si la apreciación de nosotros mismos es previamente necesaria para el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, si el progreso individual está proporcionado al desarrollo y a la aplicación de estas mismas facultades, es incontestable que las obras más útiles para los hombres son aquellas que les ayudan al estudio de ellos mismos, haciéndoles ver al individuo en las diversas posiciones de la existencia social.

Los hechos solos no son suficientes para hacer conocer al hombre. Si el grado de su progreso intelectual no se nos presenta y si las pasiones que han sido sus móviles no se nos muestran, los hechos no llegan hasta nosotros sino como otros tantos enigmas que la filosofía, con más o menos éxito, intenta calificar.

La mayor parte de los autores de memorias que contienen revelaciones no han querido que aparezcan sino cuando la muerte los ha cubierto de la responsabilidad de sus actos y palabras, sea que fuesen retenidos por una susceptibilidad de amor propio al hablar de sí mismos, sea por temor a suscitarse enemigos al hablar de otros, sea que temiesen las recriminaciones o los mentís. Procediendo en esta forma han invalidado su testimonio, al que sólo se presta fe cuando los autores de la época lo confirman.

Tampoco se puede suponer que el perfeccionamiento ha sido el objeto predominante de su pensamiento. Se ve que han querido hacer hablar de sí mismos dando pasto a la curiosidad y aparecer a los ojos de la posteridad distintos de lo que fueron sus contemporáneos y así han escrito con un propósito personal.